

Pregón
de la
Semana Santa
de
La Línea de la Concepción
2.006

Marcos Antonio Galiana Pereira

A quienes con tanto amor
me transmitieron la fe
y nunca perdieron la esperanza

“Fe, Esperanza y Caridad.
De estas tres, la más importante: la Caridad”

Como si de un taburete de tres patas se tratara, nuestra vida se sustenta sobre estas tres virtudes. Si alguna de estas tres cosas nos faltaran, créanme, no iríamos a ningún sitio, el taburete se vendría abajo, no conseguiríamos hacer nada y no sentiríamos nada, nada más que vacío habría en nuestras vidas. Porque estos tres pilares fundamentales sustentan todo lo que somos. Y si esto que es aplicable a nuestra vida ordinaria habitual, como creyentes, toma mucho más sentido cuando lo aplicamos a nuestra Semana Santa, a la vivencia de la expresión de nuestra religiosidad popular, hecha tradición y vida.

Porque, todo lo que hacemos, tiene un hondo sentido de fe, basado en lo que creemos. De fe en Jesús de Nazaret, Hijo de Dios vivo, presente en nuestra vida y en nuestra historia, fe en nosotros mismos y en nuestras posibilidades. Somos hombres y mujeres creyentes, hombres y mujeres de fe.

Porque, todo lo que hacemos, está lleno de esperanza, todo tiene futuro, tiene posibilidades, tiene un sentido religioso y un valor moral, aunque a veces seamos ignorantes de ello. Somos verdaderos mensajeros de esperanza.

Y porque sin caridad, sin amor, puede que todo lo que realicemos sea una acción loable, quizás buena pero, si falta la caridad, será como un metal que aturde. Porque nosotros, con la caridad, somos capaces de darlo todo por los demás sin esperar ninguna recompensa. Si somos capaces de repartir esa caridad, ese amor, nacido de lo profundo de nuestro ser, estaremos cumpliendo con el único mandamiento que nos dejó el Maestro, amar a nuestros semejantes e incluso a nuestros enemigos. *Christus caritas est.* (Cristo es amor)

Reverendo Señor Arcipreste de nuestra ciudad.

Reverendo Padre Valenzuela, Director Espiritual del Consejo Local, mi querido Padre Juan.

Ilustrísimo Sr. Alcalde y demás miembros de nuestra Corporación municipal.

Señor Presidente y miembros de la Permanente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías.

Señores Hermanos Mayores y miembros de las distintas Juntas de Gobierno.

Querida familia y amigos que hoy me habéis querido acompañar.

Señoras y señores.

Nuestra Semana Santa tiene que ser una proclamación catequética de todo aquello en lo que **creemos**, de todo aquello que **esperamos** y de todo aquello que **amamos**.

Sin una base de fe, todo lo que celebramos durante la Semana Santa, incluida nuestras Estaciones Penitenciales carecerían de valor. Hacer Estación de Penitencia anualmente hasta nuestra iglesia patronal en oración y recogimiento, acompañando a Cristo en los momentos de su Pasión, es hacer **nuestra** su entrega incondicional por la salvación de todos los hombres y mujeres. Es manifestar públicamente que queremos ser sus seguidores incondicionales, concedores de nuestras limitaciones y pecados, y por eso hacemos penitencia.

Y es así que nuestra Semana Santa tiene **mucho y de todo**, de antiguo y de moderno, de tradición e innovación, de clasicismo y de modernidad, pero sobre todo tiene corazón, **mucho corazón**, pasión, emoción para poder sentir y hacer sentir lo que nuestro corazón manda, y eso es mantener nuestra fe. Nuestra fe hecha cultura, por encima de corrientes y aires políticos, sociales e incluso corrientes espirituales que hoy tienen gran fuerza dentro de la Iglesia.

Corrientes que nos llevan a una espiritualidad más iconoclasta, más mística, más íntima e intimista. Pero, que no entiende como entendemos nosotros, los cofrades, nuestra Semana Santa que sólo puede expresarse con esta proliferación de exuberancia y desborde de color, de música, de flores y olores y un despliegue de medios para dar expresión a esas nuestras **emociones de la fe**. De la que somos capaces de desarrollar, a veces, o mejor muchas veces, con muy pocos medios y mucha imaginación, pero sobre todo **con sobrado corazón y con mucha fe**.

Una fe que nos hace repetir año tras año la liturgia de nuestra Semana Santa, acudir puntuales con los más pequeños de nuestras casas en la tarde del Domingo de Ramos a ver el estreno de nuestras salidas procesionales, tarde de meriendas por el centro y, antes de volver a casa, despedir el día con la luz de la Estrella y de su Hijo flagelado.

No perderse la mirada serena y compasiva de un Señor de las Penas que camina con su cruz por los barrios de La Línea en un Martes Santo siempre novedoso que no nos deja impasibles ante la mirada de los Dolores de una madre.

Un correr de aquí para allá para poder estar en dos sitios a la vez. De San José a Santiago, para acompañar en Oración a un Amor de rosarios y a la devoción hecha tradición de un mar de gentes cumpliendo promesas a un Cautivo solitario e imponente con Madre trinitaria. Y esperar, durante la noche ya avanzada, como Cristo e Abandonado por todos, llevando por único consuelo el Mayor Dolor de María.

Días de mañanas de mercado y preparación de costumbres gastronómicas que se van perdiendo, de potajes de jibias, huevos rellenos, acelgas con garbanzos y torrijas, de acercarse por la mañana a dejar unos lirios a los pies de Cristo caído por tres veces impartiendo su Perdón y llevar rosas blancas a la que es Salud de los enfermos y Madre del Salvador. Con orgullo comprender, como Ortega Bru, consiguió transformar la madera en obra sublime de expresión desgarrada de unas Angustias que sostiene al hijo de su Alma. Encontrarnos a un Cristo que con Gran Poder porta su cruz por la vía dolorosa camino del Gólgota, mientras que tras una tarde de oficios, recuerdo de la última Cena, en nuestros templos permanece su presencia real en tabernáculos de oración permanente, día de amor fraterno. Esperar a la puerta del templo la hora señalada para que podamos acompañar a Jesús de Nazaret hecho Esperanza en el mayor de nuestro Silencio, silencio exterior e interior para recordar sus palabras “Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen”.

Silencio que nos acompaña la mañana de un Viernes de trajes oscuros y rostros serios, día de ayuno y vigilia, ya no está el Maestro pero nos ha regalado su presencia eucarística, más razón aún para visitarle y rezar un padrenuestro en cada visita. Oír de nuevo la Pasión, recogernos una vez más ante su imagen crucificada que camina desde la Atunara hasta la Patrona, Cristo de marineros y Cristo del Mar y, junto a Él, su Madre que ilumina nuestro caminar esperándole en la orilla del mar de Galilea. Un silencio respetuoso llena el Paseo de Fariñas cuando sobre hombros hace su aparición Cristo hecho Misericordia y revolotean palomas blancas alrededor de una doncella judía que sigue a su Hijo guardando en su corazón tanta Amargura. Se nos queda pequeño el sitio para esperar ver pasar por calle Real a una guapa mujer, que ataviada con sus mejores galas de verde Esperanza trae tras de sí a su barrio de San Bernardo, que no la deja sola con su hijo del Amor. Ver formar el cortejo luctuoso que acompaña el traslado de Cristo de la cruz a la sepultura, Santo Entierro de representaciones, de serena aceptación y de lágrimas en la Soledad de su Madre.

Esta sería la descripción de una Semana Santa habitual en los últimos años de nuestra querida ciudad, pero uno llega a conocer esta liturgia anual cuando la va viviendo desde pequeño y va asimilando poco a poco toda la grandeza y riqueza que contiene. Sobre todo su contenido teológico.

Si hubiera que retroceder en el tiempo para buscar en mi infancia los primeros datos cofrades, alguno de los presentes ciertamente podría reírse bastante. Pero, imagino, que son iguales a los de todos los niños que han tenido la suerte de vivir en una familia que ha mantenido las tradiciones recibidas de sus mayores, y así es fácilmente entendible. Por aquella época, digamos por los 70, nuestra Semana Santa tenía otro aspecto, otras luces y algunas sombras, algunas ruedas en los pasos, baterías de camiones para dar potencia a las velas electrificadas, mucha purpurina, ambiente muy familiar y un gran cariño por todo lo nuestro. Como decía, por aquella época yo había encontrado un viejo arcón casi escondido en unas escaleras que subían a la azotea, un lugar con olor a rancio y naftalina contra las polillas, que nada perdonan en esos sitios.

Y, como si se tratara del cofre del tesoro, me encontré que el viejo arcón de madera, estaba lleno de ropas ya olvidadas entre las que había capas, antifaces y túnicas de raso de los más variados colores: verde, morada, blanca y negra, y a esa edad, como los niños, aquello era como un tesoro que sólo se podía convertir en prendas para jugar con mis hermanos a batallas campales por los pasillos de la casa de mi abuela Isabel, correteando y enredando por una galería que unía dos viviendas que estaban situadas encima de la Confitería Modelo, que algunos de los aquí presente recordarán con cierta nostalgia.

Un niño, entonces, que jugaba a entretener su tiempo con los restos ya olvidados de aquel arcón de madera. Con los años, muchos años después, preguntando a mi padre pude llegar a saber que hacían allí las vestimentas cofrades de varias hermandades linenses cuando por lo que yo sabía mi familia no estaba vinculada a esas hermandades. Pues la explicación había que buscarla en unas generaciones más hacia arriba. Cuando mi bisabuela, Doña Primitiva Barea, debido a una grave enfermedad que tuvo mi padre en su niñez, había hecho la promesa de acompañar a todas las hermandades de nuestro pueblo en sus estaciones de penitencia, pero dada su avanzada edad y sus obligaciones en la confitería la promesa tuvo que cumplirla el beneficiario de la misma, o sea su nieto Marcos, mi padre, cuando tuviera edad y fuerzas para ello. Y ciertamente que cumplió con creces aquella promesa hecha con tanta fe y confianza.

Desde luego quién se lo iba a decir a mi querida bisabuela que al final, uno de sus biznietos, jugaría con los restos de aquella promesa y que hoy estaría aquí contándolo en un pregón de Semana Santa, siendo ella y su devoción y fe la responsable del origen incipiente de una vocación cofrade.

Qué mejor forma de acercarse hasta nuestras hermandades que desde la inocencia de la niñez, quizás a veces de forma irreverente por falta de información pero con la naturalidad de ver las cosas de casa como normales y cercanas, con respeto sí pero con confianza, para pasar del juego a lo serio, sin perder nunca lo normal y natural, querer y respetar las cosas que hacemos hacen que tengan el valor, no por lo material sino por lo que significan. Esto es una tarea que nos toca a los mayores respecto de los pequeños, saber acercarlos hasta las cosas importantes

dándoles naturalidad, cercanía para que se familiaricen con ellas, sin imposición ninguna. Dando las explicaciones necesarias con grandes dosis de paciencia y cariño.

Pues aún así, a pesar de tener un origen cofrade tan arraigado en mi familia, nuestra vivencia cofrade familiar ha sido más bien callada, y así también lo han vivido mis hermanos César y Paloma. Eso sí una vivencia llena de gestos, de pequeños momentos intensos, de testimonios silenciosos, y de libertad para que cada uno cogiera aquello que necesitaba para sus alforjas y echarse al camino, y ciertamente que tuvimos que tirar de muchas de estas cosas para poder continuar sin perder nunca la esperanza.

Saber sabíamos en casa que mi padre formó parte de un grupo de jóvenes de Acción Católica que de la mano del Padre Rubio se reunieron en torno a un crucificado que estaba en la Parroquia de la Inmaculada y que, más tarde, estos jóvenes se convirtieron en la Hermandad del Santísimo Cristo de la Esperanza, nuestra Hermandad del Silencio, y de estos hechos hace ahora 50 años.

Hoy son todos ellos unos grandes veteranos de nuestra Semana Santa, curiosamente siempre fieles a su hermandad de la que nunca se han despegado, siempre fieles a su cita en el Viernes Santo, y más tarde en la Madrugá. Con sus reumas, sus achaques, los cambios de turno en el trabajo, viniendo desde lejos aquellos que residen fuera de nuestra localidad,... Ellos supieron dar el relevo generacional en su momento, bien porque evidentemente es una ley natural, bien porque otros aires, otros esfuerzos, eran necesarios, pero ellos nunca han bajado el hombro de su trabajo, entrega, generosidad y sobre todo de su devoción, de su gran devoción. Ellos han sido y son verdaderos ejemplos de cofrades que aman y quieren a su Semana Santa por encima de cargos, antigüedades o demás elementos añadidos.

Y no lo hacen desde una postura magisterial o impositiva, muy al contrario, nunca obligaron a nada. Ellos con su testimonio personal, con su constancia, con su respeto y cariño, con su silencio ha ido transmitiendo lo que aprendieron, con fidelidad, durante estos 50 años dejando caer lentamente, como la pequeña gota de agua que va horadando la piedra más dura, su modelo de ser cofrade que se ha ido reflejando en sus hijos y en sus nietos. Así se da paso a las nuevas generaciones, no por los genes sino porque lo ha visto uno en su casa con los años y que con el tiempo también va haciéndolo uno suyo, queriéndolo y respetándolo. Porque hoy todo lo que se nos intenta vender con sofisticadas técnicas de publicidad y marketing y promociones varias, etc. tienen poco efecto en nuestra Semana Santa.

Sólo lo que se hace con el corazón entregado y se transmite con respeto y cariño es lo que verdaderamente cala en las personas, en especial aquellos que están en el proceso de crecimiento y maduración.

Estos “jóvenes” fundadores de la Hermandad del Silencio, hoy abuelos jubilados y jubilosos son, como he dicho, quienes van dejando su herencia en sus hijos y nietos. Ellos han sido y son verdaderos ejemplos de cofrades que aman y

quieren a su Semana Santa. Y no me cabe ninguna duda que, en la próxima Madrugá, ellos allí estarán como cada año acompañando a sus benditos titulares, llueva o no llueva, salgan o no salgan. Ellos será fieles a su cita, para rezar y hacer comprender que la mejor estación de penitencia es la hace cada uno en su corazón.

Disculpádmeme si personalizo en uno de ellos, entre este grupo de cofrades, aunque cualquiera es digno de mención, pero hoy quisiera tener un recuerdo especial por quien es ejemplo para muchos y de muchas cosas: hombre cabal, todo un caballero, admirado en lo profesional, buen padre de familia, esposo ejemplar, generoso samaritano, cofrade entregado, pregonero y, sobre todo, ejemplo de creyente y hombre de fe, modelo para todos nosotros, para mi familia y para mí personalmente, gracias por tu testimonio diario mi querido Julio Castilla.

Muerto, muerto y solo, muerto y solo te han dejado sobre esos maderos, coronado de espinas y con una lanzada en tu pecho. Has quedado solo, solo y abandonado ¿aquí acaba tu historia, Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos?

Y, sin embargo, cuando te vemos ahí alzado sobre esa cruz, Tú reinas más que ningún otro. Tu cuerpo desnudo lleno de ultrajes, tu cuerpo entregado, nos llena de Esperanza al verte. Sabemos que tu historia no acaba aquí, sabemos que Tú, vencedor de la muerte, acabas con la tristeza y que nuestros miedos desaparecen. Que Tú destruirás el templo y lo volverás a reconstruir en tres días. Creemos que Tú, Divino Maestro, eres el Camino, la Verdad y la Vida. La vida que no acaba, la vida que es vida eterna. Y, junto a ti, nazarenos de negra túnica te acompañan ya en el cielo, allí habrá confidencias y hasta risas cuando una guapa señora pelirroja te diga que cómo su gente no hay ninguna y cuando un joven, manojillo de nervios, te diga que se fue demasiado pronto de nuestro lado para estar junto a ti, y hoy su hermano tiene que hablar de él en su pregón porque se lo prometió, y que te han pedido que bajes con ellos hasta aquí sentarte entre el público para no dejarme solo en este día. Mi buena Pilar y mi querido Ramsés sois nuestros ángeles en el día a día, vosotros que fuisteis nazarenos de un Cristo crucificado hoy vestís las ropas de la gloria celestial.

Crucificado Señor, con tu cabeza inclinada sobre el pecho, tus brazos abiertos, tu vida entregada por nosotros. Hay imágenes que no necesitan palabras. Tu cuerpo, hecho pan vivo, repartido entre nosotros cada día sobre la mesa de la Eucaristía es conmemoración diaria de este momento de sacrificio voluntario. La noche es más oscura, las tinieblas envuelven al sol que no quiere ver tu semblante de serenidad. Y para nosotros por siempre, siempre, habrá Esperanza, esperanza en tu Silencio. Mi Cristo del Silencio.

Todos los pregoneros dan lo mejor de ellos para cantar nuestra Semana Santa, y hoy recae sobre mí esa responsabilidad, y no crean que ha sido fácil pues llevo varios años evitando este trance. Pero la insistencia y el cariño, sobre todo del Padre

Valenzuela, primero durante la presidencia de Martín Franco en el Consejo Local y, luego, de mi estimado Juan García Medina, han sido grandes e insistentes, pero aún más grande han sido sus dosis de paciencia pues siempre han obtenido por mi parte un “por este año no”. Y hoy, por fin, me enfrento a esta gran responsabilidad con orgullo pues es más lo que esperan mis buenos amigos de mí, de lo que yo en realidad quisiera decir. A ellos dar las gracias por animarme y respetar siempre mis evasivas.

Pero, bueno, al final lo habéis conseguido, aquí me tenéis porque me lo habéis pedido. No sé si con vuestra buena y sana intención me queréis hacer un favor o es tanta vuestra fe en mí que creéis que debo estar aquí. Sí, es cierto, que para cualquier cofrade esta invitación siempre es un halago y una responsabilidad pero que la afronto con el mismo cariño y respeto con el que siempre he realizado aquello que se me pidió. Y sólo espero y deseo no defraudar a quienes con tanto empeño me solicitaron hacer este pregón, y hacer posible algo que es siempre orgullo para un buen cofrade. Ser pregonero de la Semana Santa de su pueblo. Con todo ello, os ruego benevolencia si mis torpes palabras no son capaces de expresar toda la grandeza y hondura que tiene nuestra Semana Santa o si mis opiniones no son compartidas. Lo que diré lo hago desde el cariño y la pasión, y a veces lo reconozco la vehemencia con que siempre he defendido mis opiniones.

Pero solo son eso, mis ideas, a veces acertadas, a veces dichas a destiempo y a veces expresadas donde no debía. Pero que han nacido en mi corazón, desde lo que a mi entender es buscar la verdad entre todos, donde todas las ideas tienen expresión y un lugar para ser oídas vengan de donde vengan.

Ciertamente como han afirmado los anteriores pregoneros que por esta tribuna han pasado, es un verdadero honor llegar a ser el heraldo anunciador de nuestra querida Semana Santa. Honor de poder subir a este lugar para ser quien hable de nuestra Semana Mayor, permitir poder expresar los sentimientos, deseos y emociones de quien vive, siente y, porque no, padece a veces la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Salvador. A veces emociones que se entremezclan entre lo religioso, lo personal, lo público y hasta lo irracional. Una visión particular de este gran mundo que es la Semana Santa y nuestras queridas cofradías.

Los que aquí nos sentamos y tenemos, o hemos tenido, responsabilidad alguna en la animación o gobierno de nuestras hermandades, tenemos que hacer los esfuerzos necesarios para ser capaces de hacer llegar un mensaje claramente catequético, religioso y de fe, sobre todo y por encima de otros aspectos más... materiales, que alguna vez puedan dar lugar a cierta confusión entre lo que se representa y lo que significa.

Tenemos que alimentar y cuidar a quienes son nuestros hermanos y hermanas, no de cuotas, sino de fe. La misma fe que hace que seamos hermanos de un mismo Padre, creador y dador de todo, en su Hijo, Cristo salvador y en su Espíritu Santo que

es fuerza que da el ímpetu de nuestras vidas. Hermanos en la devoción de unos titulares e hijos de la misma Madre, ella María Virgen Purísima, Reina y Señora.

Nuestra Semana Santa y, por tanto, nuestras hermandades están llenas de momentos importantes, emotivos, a veces trascendentales, e incluso algunos que hacen historia. Y esta historia no es muy larga, a poco que escarbemos en nuestra memoria colectiva, esa que no perdona las mentiras ni los subterfugios, encontraremos rápidamente los datos que contrastan con la verdad, esa que todos conocen. Es fácil tirar de hemerotecas y de algún que otro folleto informativo para poder documentarnos, eso son los datos, las fechas. Sin embargo, hasta ahora, no hemos hecho posible poder llegar sino al gran público y sí quizás al menos a nuestros hermanos cofrades esa otra historia, o al menos ésta es mi opinión. Esa historia que sólo conocen unos cuantos y que se ha ido transmitiendo de boca en boca, la historia de los hechos emotivos, al vida cofrade del día a día, la de las lágrimas y a veces la impotencia cuando las cosas no salen como queremos y esas grandes dificultades que se han tenido que superar.

La Semana Santa que hoy conocemos está forjada entorno a los años 50 y 60, no, no hablo del boom de la Semana Santa de los 80, sino donde se ha forjado la Semana Santa de nuestro pueblo, de aquellos primeros grupos de devotos que se organizaban, donde la memoria histórica colectiva que mencionaba antes pone nombres, fechas, lugares y acontecimientos que dieron lugar a los cimientos de nuestras hermandades.

Lógicamente durante estos años hemos venido y posteriormente se celebrarán aniversarios fundacionales, a veces de la llegada y bendición de tal o cual imagen, de su primera salida procesional, y otros celebrarán la organización del primer grupo de devotos. Pero a veces, da la sensación, que hacemos un poco el ridículo. Sí, el ridículo, convirtiendo la celebración de aniversarios en efemérides de autocomplacencia y auto-bombo para poder convencernos a nosotros mismos de la propia existencia de nuestras hermandades. Cuando de lo que se trata, hoy en día, es de ser creativos y poner todo el esfuerzo en la vida de hoy, en el día a día, para con gozo poder celebrar el pasado cuando llegue el momento. Dejar de vivir de rentas del pasado para poder coger el toro por los cuernos, al toro del presente. Y digo bien, porque hoy no lo tenemos nada pero que nada fácil, no ya ser cofrades, sino ser cristianos y católicos.

Hoy tenemos que ser capaces de recuperar la ilusión de los fundadores y el entusiasmo que tuvimos en la década de los 80, donde incrementamos de forma tan espectacular nuestro patrimonio artístico. Donde los esfuerzos y trabajos eran agotadores pero la ilusión y la devoción lo eran mucho más. Ahora tenemos que ser capaces de descubrir nuevos cauces para seguir expandiendo y extendiendo nuestra devoción y el amor por nuestros titulares.

De nuestra Semana Santa se puede hablar desde muchos puntos de vista, y en los años que llevamos celebrando los pregones, que han sido bastantes, desde luego

se ha hablado desde muchos aspectos, todos y cada uno de ellos válidos, válidos y respetables, que no significa necesariamente que haya que compartirlos porque el que hasta esta tribuna sube, hace suyo el pregón con una visión tan subjetiva de la Semana Santa como la que tiene cada uno de nosotros aquí presentes.

Todos ellos, por cierto, habría que ir pensando en invitar algún año a una mujer a pregonar, pero no por imposición legal como quieren hacer los políticos con la paridad participativa, si no por propia voluntad y por el sentido de la dignidad, pues seguro que habrá muchas y con mucho que decir también, y quizás sea uno de los retos que aun nos quedan pendientes por cubrir.

Pido que hagamos todos, con todos quiero decir todos los que participamos de nuestra Semana Santa: los cofrades veteranos, los que empiezan, los que sólo ven los toros desde la barrera, los miembros de la Permanente del Consejo Local, los directores espirituales, los costaleros, los periodistas,... un ejercicio para reflexionar sobre cuál es la Semana Santa que dejaremos a las nuevas generaciones.

¿La Semana Santa de la intolerancia en no saber aceptar la opinión del otro porque simplemente es diferente a la mía? ¿La Semana Santa del fanatismo y de la competitividad en ver quién es la mejor cofradía en la calle? ¿La Semana Santa de la envidia? Que, por cierto, nunca ha tenido nada de sana la dichosa envidia. ¿La Semana Santa de la crítica cruel, destructiva y despiadada de los foros de Internet donde los falsos cofrades se ocultan bajo seudónimos cobardes? ¿La Semana Santa anclada en el pasado, con el inmovilismo de ciertas personas que se creen imprescindibles? ¿Es esta la Semana Santa que queremos legar a los niñas y jóvenes que hoy están empezando? Espero y deseo que no sea así.

Hoy en día se valora mucho en nuestra sociedad la puesta en escena, una buena presentación hace mucho y da imagen de prestigio, de trabajo esmerado y concienzudo. Sin embargo, nuestra Semana Santa hoy y durante estos últimos años mantiene una cierta crisis latente. Hay una constatable falta de costaleros, unas listas de cabildos para las juntas de gobierno completas pero que a corto plazo se quedan como solemos decir “en cuadro”, desciende paulatinamente el número de nazarenos, en algunas hermandades no ya en los cultos sino hasta en la estación penitencial su presencia es meramente testimonial. Tenemos una cierta tendencia a vivir de la inercia, de la tradición, se nos nota que a veces estamos algo quemados.

Ah, pero eso sí, por favor, que todo quede muy bien maquillado con unos magníficos centros de flores, un despliegue de candelерías, mucha corbata de diseño y traje a la última moda sevillana.

Pero, por favor, ¿a quién pretendemos engañar?

Ser nosotros mismos, afrontar nuestras carencias y errores, no es de personas débiles sino de personas realistas que se enfrentan a las dificultades con sencillez y humildad. Lo otro sería puro fariseísmo e hipocresía.

Nuestra Semana Santa necesita hoy de grandes dosis de humildad, realismo y de asentar unos cimientos muy necesarios para afrontar el futuro. Como dice el Evangelio: “Edifiqué mi casa sobre roca”. Y no se asusten que, en la Iglesia con 2000 años de historia, éste no es un fenómeno nuevo. Grandes movimientos y poderosas organizaciones religiosas con siglos de historia sobre ellas, duermen ya en el olvido, cuanto más unas pequeñas manifestaciones locales de la religiosidad popular.

Sólo si somos capaces de adaptarnos a los signos de los tiempos, si no somos capaces de afrontar nuestras carencias y trabajar juntos en superar nuestras flaquezas, podremos dejar un buen futuro a las próximas generaciones cofrades. ¿Qué Semana Santa dejaremos a quienes ya vienen prestando oídos y sensaciones?

Si no fijaros en los más pequeños: en Curro, en Gonzalo, Nazaret o Valeria, en Hugo y Adriana que se estrenan este año, en Fernandito e Ismael, en Laura y Marc. Marc, que aún no ha nacido pero que seguro que mi buen Norberto, le dirá algo para que vaya aprendiendo, y especialmente en mis queridos José Ramsés y Ana, a quienes dedico con todo mi afecto este Pregón. Pues estos niños y niñas que ahora nos acompañan serán los cofrades del futuro.

Este es el mensaje de mi Pregón: ¿qué estamos haciendo ahora para dejar una profunda y arraigada Semana Santa a nuestros jóvenes cofrades de La Línea de la Concepción? Mi deseo más hondo es que, cuando dentro de 15 años, alguno de ellos se tome la molestia de releer estas palabras, se le dibuje una sonrisa y diga que la cosa ha cambiado mucho desde entonces. Que el año que estrenaba la Virgen de la Esperanza su manto, con un millón de puntadas hechas a base de oración y devoción, es hoy una joya del bordado linense hecha con el corazón y reconocida como se merece. Que el año en que el Silencio se quedó en su tempo por falta de costaleros, hubo un gran revulsivo y ahora hay cuadrillas de refresco en todas las hermandades. Cuando todos recuerden con gran alegría la celebración del cincuentenario de la Hermandad de la Amargura, gente trabajadora para su Hermandad, gente que corona con todo el amor a su Virgen guapa y que dan ejemplo de devoción a ese Cristo lleno de misericordia. A todos, mi más enhorabuena y felicitaciones por el trabajo realizado durante estos años. ¿Cómo recordarán esos niños y niñas nuestra Semana Santa?

¿Será por simple casualidad o por causalidad? Como diría mi buen amigo Ramón Mata. Pues conmigo ya son 4 los miembros de mi querida Hermandad los que desde el año 2000 hasta hoy nos hemos subido a este estrado que hoy ocupo yo. Dicen por ahí que además de la Cofradía de los niños, ahora vamos a ser la cofradía de los pregoneros. Bueno, pudiera ser... o que simplemente nos han educado para estar más predispuestos a un sí que a un no, cuando se nos piden tales favores. Aunque más bien, diría yo, que hemos tenido la gran suerte de haber vivido tal experiencia de fe y de hermandad en estos años, que nos ha permitido contarlo a todos ustedes desde nuestra propia y particular perspectiva de la Semana Santa.

Para mi querida Hermandad y, con ella, a todos y cada uno de sus hermanos y hermanas, sólo tengo palabras de agradecimiento, de apoyo y de emoción. Sólo necesitamos entre nosotros una simple mirada para reconocer nuestros estados de ánimos, dar un gracias con una sonrisa o pedir ayuda, y juntos emocionarnos ante nuestros benditos Titulares.

A mi buen amigo y hermano, Carlos Cuadrado, agradecer su presentación. Muchas cosas podríamos decir de nuestra amistad forjada en horas de trabajo y oración juntos a nuestros hermanos de corporación. Mi más profundo agradecimiento de todo corazón, por tu amistad y por tus palabras.

Siempre he defendido que el mayor patrimonio de nuestras hermandades no son sus muchos enseres, ni sus ricos bordados, ni siquiera sus sagrados titulares, nada tienen mayor importancia que sus hermanos y hermanas. Las **personas** son un patrimonio que necesita constantemente de atenciones y restauraciones, cuando algo enrarece el ambiente. Un patrimonio que necesita incrementarse no para engordar unas listas sino para dar mayor calidad y futuro a la vida de nuestras hermandades. Sin este patrimonio insustituible, sin sus hermanos, no tendrían ningún sentido nuestro ser cofrade. Igual que sacamos brillo a la alpaca, debemos bruñir el cariño y la cercanía con todos y cada uno de nuestros hermanos constantemente. Sois, somos todos, responsables de ellos, no solo de los que están inscritos en las listas con nombre y apellidos, sino de su realidad personal y familiar. Nuestros Sagrados Titulares representan un momento de la pasión de Jesús Nazareno, mientras que este Cristo vivo está permanentemente presente en nuestros hermanos y hermanas: “Lo que hagáis a uno de estos vuestros hermanos a mí me lo hacéis”.

Verán, mi experiencia cofrade se circunscribe exclusivamente a mi Hermandad y, por tanto, disculparán si los ejemplos que pongo son los únicos que he podido ver, conocer y experimentar. Aunque creo que todos hemos compartido este tipo de situaciones.

Como digo, es necesario vivir la experiencia de compartir con nuestros hermanos la misma fe recibida por el bautismo, participar de los cultos de nuestras hermandades y, especialmente, de la Estación de Penitencia y poder reconocer a quien camina a nuestro lado compartiendo oración, penitencia, silencio, cansancio y fe. Sentir una mano en nuestro hombro para transmitirnos ánimos y vivir la relación fraternal de seguir al Mesías en su trance hasta la muerte.

O, también, quizás poder sentir un tirón de la capa o túnica y tener que mirar hacia abajo para encontrarnos con los ojos alegres y abiertos de un pequeño cofrade que necesita que le ates la cinta del capirote o le amarres los cordones de sus zapatos nuevos, que estrena como manda la tradición. O la cara de rabia de unos de los miembros del cuerpo de acólitos que busca desesperadamente quien le preste una medalla que ponerse ya que, con las prisas y nervios, se ha dejado la suya colgada del cabecero de la cama y es que, como las normas dicen que los hermanos deben portar su correspondiente medalla en la Estación Penitencial, pues no quiere ver la cara que

le va a poner el prioste cuando repase si está todo en orden. Vamos que algunos cuando sean mayores esto de las reglas lo dominan mejor que la playstation.

O el costalero novato que no le sale hacerse el costal a derechas ni queriendo, por tanto nervio metido en el estomago, y se le acerca uno de los veteranos y le dice: “Anda, pisa ahí y aprende, que hoy te vas a estrenar”.

Estos gestos sencillos se suelen vivir en una hermandad de niños y jóvenes, donde ellos viven con ojos de cierto nerviosismo, aprendiendo a ser cofrades. Esos ojos abiertos para asimilar los nuevos acontecimientos, asumiendo en su mentalidad lo que allí se celebra. Tiene que ser para nosotros, los adultos, un estímulo para ser capaces de ir explicando con palabras sencillas el gran misterio que encierra nuestra fe.

Tenemos que hacer llegar el mensaje de que Dios mismo, hecho hombre, humanidad como la nuestra, carne de nuestra carne, que habiendo anunciado la Buena Noticia a todos los hombres y mujeres, es condenado a muerte. La Buena nueva de que Dios nos ama, que desea nuestra felicidad y quiere que hagamos felices a nuestros semejantes, que quiere que practiquemos la justicia y la paz.

Pues por esta Buena Noticia anunciada por Jesús, pese a todo, hace posible que sea conducido ante un tribunal religioso que lo acusa de blasfemo por declararse Hijo de Dios y ser el Mesías anunciado por los profetas, un hombre justo y de paz, que se rebela contra el yugo de los preceptos religiosos que alienan y oprimen a los hombres.

Este Jesús liberador es azotado y cubierto de salivazos e insultos por los mismos que días antes, cuando entraba en Jerusalem montado sobre un asno, lo aclamaban como la reencarnación del Rey David, cantándole hosannas y tendiendo ante Él sus capas.

Que es llevado ante la fuerza política ocupante para ser tratado como terrorista y alborotador, Él que curaba enfermos, consolaba a los moribundos y comía con gente de mala reputación.

Que horrible tragedia que sea juzgado por hacer el bien a sus semejantes, abandonado por todos, incluso de sus más íntimos colaboradores, traicionado por sus amigos y discípulos, que incluso niegan conocerle. Que tristeza más grande, verse solo e ignorado por aquellos que decían quererte. Que voluble es nuestra voluntad y débiles nuestras convicciones y que pronto cambiamos de bando y renegamos de nuestros principios cuando se presentan las dificultades y los obstáculos.

Divino Maestro, déjame compartir tu oración solitaria, tu conversación íntima con el Padre. Deja que te acompañe en tus lágrimas de sangre, sangre del miedo y del abandono total en las manos de la voluntad que ha de cumplirse. Déjame estar cerca de ti, cuanto tu muda voz quiera gritar con toda sus fuerzas ¿por qué?, ¿por qué me has abandonado? En la soledad de una noche entre olivos, sólo un ángel ha bajado a confortar tus miedos, Señor, para apaciguar nuestras terribles angustias de soledad y tristeza.

Aceptas voluntariamente la decisión, dar tu vida por nosotros, entregado a nosotros vienes a salvarnos. Tú, carne de nuestra carne, afrontas los miedos y sufrimientos por todos nosotros. Tú, Divino Maestro, nos das muestras de fortaleza y de consuelo.

Pero qué difícil es seguirte. Pues nos gana el cansancio y el sueño, no podemos velar contigo siquiera una hora en esta noche oscura del alma. Qué débiles somos, Señor. No tenemos ni fuerza ni constancia. Necesitamos que te sientes con nosotros a compartir el pan, a explicarnos las Escrituras y podamos descubrir el mensaje de esperanza que guardan tus palabras. Que nos alimentes con tu Palabra hecha Vida. Tú, que te humillas para lavarnos los pies, nos enseñas que no hemos venido a ser servidos sino a servir. Que Tú reinas en la pobreza y la humildad. Tú, que no abandonas nunca a los que en ti confían, danos fuerza en la oración para poder seguirte mejor, Señor.

Atado, llevado por La Línea, has ido como por Jerusalem. Llevado ante el Sumo sacerdote del templo para ser juzgado, de allí te presentan ante Pilatos y luego ante Herodes que te deja en el Pretorio junto a Barrabás. Eres azotado, atado a una columna, coronado de espinas y ultrajado, cargado con una cruz. Tú, Bendito Hijo de David, que cargas con nuestras penas. Tú que con la cruz caminas por nuestra ciudad, caído por el peso de nuestros pecados impartiendo tu perdón.

Tú, que nos invitas a tomar nuestras propias cruces y a seguirte. Tú, que nos invitas a ser cirineos voluntarios para cargar con nuestros hermanos en el camino de sus sufrimientos. Tú, que te encuentras con tu Madre en la vía dolorosa. Ella, Madre del mayor consuelo. Ella, la Madre que enjuga los dolores de su Hijo. Ella, la primera creyente, esposa y madre en el Dolor del Hijo bendito de su vientre. Su Hijo, el justo anunciado por los profetas, que entregaste a la voluntad del Padre desde el mismo momento de su Concepción.

Tú caminas hacia el monte Calvario como varón de dolores, desfigurado, maltratado por nuestras culpas. Pero sólo hay algo más elocuente que tus heridas, algo más ensordecedor que los lamentos, tu Silencio.

Todo ha sido consumado.

Y, luego, te depositaremos en un sepulcro nuevo, aunque sabemos que Tú rompes las cadenas de la muerte. Tu historia no acaba en tragedia sino en luz y felicidad. Tú nos dejas el mensaje de esperanza, todos resucitaremos en plenitud y ya no habrá ni llantos ni dolor, porque Tú nos has redimido. Tu sangre ha pagado con creces nuestra culpa.

Y siempre, junto a Ti, tu bendita Madre, ella te llevó en su seno y acogió tu Palabra. Palabra de vida eterna. Aceptó las ofrendas de los Reyes Magos en tu Epifanía. Intercedió por todos nosotros en las bodas de Canaá. Esperó para recibir el cuerpo del hijo muerto y fue hasta su sepulcro al alba y fue Ella, la primera, en recibir con alegría la noticia de tu Resurrección. Ella mediadora de todas las gracias.

*Santísima Virgen María,
Estrella del cielo en las horas de Amargura,
Salud de los enfermos en el Mayor Dolor,
Esperanza luminosa ante nuestras Angustias,
Amor y Trinidad en nuestra Soledad,
nuestro Auxilio cuando los Dolores nos abaten,
Inmaculada en la divina Concepción de tu Hijo.*

*Madre de Dios, hija predilecta del Padre,
Reina de los ángeles y faro de Luz perpetua,
Rocío del Cielo, esposa del Espíritu Santo,
eres para nosotros hoy y por siempre
Causa de nuestra Alegría.*

Y, con Ella, está todo dicho.

Marcos Antonio Galiana Pereira
2 de abril de 2.006

Dedicado a mis sobrinos José Ramsés y Ana,
con el cariño y el ejemplo vamos dando paso a los nuevos cofrades.